

hombres. Aun nosotros mismos, que somos ministros de la verdad, que debe estar en nuestros lábios como un sagrado depósito, damos á las mas leves virtudes de los grandes unos elogios que desaprueba la religion, y con pretexto de animar los débiles principios de su piedad, los corrompemos en su nacimiento: tal es la desgracia de los grandes; todo se dirige ó á disfrazarlos sus vicios, ó á hacerlos perder el mérito de sus virtudes.

Pero aun cuando pudieran defenderse de la injusticia y torpeza de estas alabanzas, siempre se forma de estos emponzoñados discursos un género de idea de propia estimacion que nunca se borra y corrompe el corazon para siempre. Herodes, entre las aclamaciones de un pueblo bárbaro, no podia tenerse por un Dios bajado á la tierra para hablar á los hombres; esta alabanza era demasiado necia para ser creida; pero con todo eso, oye con gusto unos aplausos que parece le tributan honores divinos y que le trataban de Dios y de inmortal; su corazon se deja arrastrar de ellos, y aunque no ofusquen su entendimiento, con todo eso, no desprecia como blasfemia los títulos y elogios que solamente son debidos al Rey inmortal de los siglos; y los gusanos que al mismo tiempo le consumen, nos dan bien á entender cuál fué el exceso de su impía vanidad, pues mereció ser castigado con tal cruel suplicio.

Estos son los primeros peligros de la prosperidad, sacados de las impresiones que hace en el corazon para corromperle. Pero me parece que no son menos de temer las facilidades que ofrece á las pasiones cuando el corazon está ya corrompido. Continudad con vuestra atencion.

Porque primeramente, del apego á las cosas de la tierra nacen como de una funesta raiz aquellos infinitos é insaciabiles deseos de que habla San Pablo, que matan al alma;

esto es, mirais la tierra como á vuestra patria, no pensais mas que en engrandeceros en ella y ocupar en ella algun gran puesto, y quisiérais vosotros solos poseerla toda entera; añadís, dice un profeta, la heredad de vuestros vecinos á la de vuestros padres; pasais los límites que la moderacion de vuestros mayores habia puesto con tanta prudencia á vuestras riquezas y á vuestra fortuna; llamais las tierras con vuestros propios nombres, y parece que apenas puede bastar todo el universo á la extension de vuestros proyectos; obligais muchas veces á un Nabot á que os ceda su heredad y la inocente sucesion de sus padres; juzgais que todo lo que os acomoda os pertenece; formais derechos incontrastables de los que son muy dudosos, y obligais á la equidad á que ceda al poder; siempre juzgais que os convienen las dignidades que os permite adquirir vuestra opulencia; no examinais si lo corto de vuestros talentos os hace incapaces de ellas, ni si tendrá que padecer el público, sino solamente si con ellas asegurais á vuestros hijos una fortuna mas durable: la suerte de éstos no la decide la vocacion del cielo sino vuestros intéreses temporales; la Iglesia se ve precisada á recibir de manos de vuestra codicia unos sacrificios que aborrece; trasplantais al campo del Señor todo lo que ocupa inútilmente la tierra en el vuestro; por no dividir vuestros bienes y por mantener el vano honor de vuestro nombre, despedazais y afrentais la heredad de Jesucristo; colocais en el santuario unos vasos de desprecio y de ignominia, y aun algunas veces comprais el don de Dios; y como aquella madre de Michas, de quien se habla en la Escritura santa, empleais vuestras riquezas en levantar para vuestro hijo en vuestra misma casa un nuevo sacerdocio y un nuevo templo: acaso en una fortuna mas regular y moderada hubiérais conservado mas inocencia.

No os parezca que hablo aquí de aquella opulencia que se mantiene con la sangre de los pueblos, de aquellos hombres nuevos á quienes vemos manifestar sin vergüenza en la magnificencia de sus palacios los despojos de las ciudades y provincias: la reforma de estos abusos no pertenece á nuestros sermones, sino á la severidad de las leyes y á la justa indignacion de la autoridad pública: vosotros mismos, católicos, vosotros que me estais escuchando, sois los que regularmente os burlais y censurais este modo de proceder; no podeis sufrir con paciencia que unos hombres levantados, por decirlo así, del polvo de la tierra, se atreva á competir con vosotros en fausto y magnificencia, á adornar su oscuro y bajo nacimiento con vuestros magníficos nombres, y aun á insultar con necias profusiones la pública miseria, de la que ellos mismos han sido bárbaros artífices: vosotros mismos conoceis todo el horror de una prosperidad nacida de la injusticia, y no conoceis los peligros de la del nacimiento. Yo no hallo mas diferencia sino que la una empieza por el pecado y la otra siempre acaba en él; los unos gozan de unos bienes injustamente adquiridos, y los otros abusan de una prosperidad legítima.

En segundo lugar, del amor á nuestro propio cuerpo, que es la segunda impresion que hace en los corazones la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonoran en nosotros el templo de Dios. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este vergonzoso vicio? Quiero pasar ahora en silencio que solo el regalo, inseparable de la abundancia, es un camino casi infalible para la libertad de las costumbres, y que una vida ociosa, la que es muy regular en la opulencia, está muy cerca de la disolucion. ¡Ah! ¿dónde nacen los mónstruos y las execrables pasiones, sino en los palacios de los gran-

des? En ellos no agradan los vicios comunes, y para avivar á estas almas sensuales, es preciso que unos excesos extraordinarios y una enorme singularidad de culpas dé á la iniquidad nuevos encantos. Leed las Divinas Escrituras, y hallareis que de esto provino la caída de David, los necios desórdenes de Salomon, el exorbitante lujo de Baltasar y el escándalo de la corte de Herodes.

Tampoco quiero deciros que muchas veces debe el alma su inocencia á la dificultad de la transgresion; que no suelen gustar los placeres que cuestan demasiado; que los obstáculos que hallamos para nuestros deseos en una mediana fortuna, hacen muchas veces que una alma fiel tome una resolucion generosa y se sujete á la obligacion con lazos mas santos y durables. Pero en los grandes, sus deseos son la única regla de sus pasiones, su voluntad no tiene mas freno que á sí misma, los deleites no les cuestan mas trabajo que el desearlos. Apenas deseó David beber el agua de la cisterna de Belen, cuando tres jóvenes hebreos, venciendo las dificultades que se oponian al deseo del monarca, atraviesan por medio del ejército enemigo, y entre mil peligros consiguen poner á sus piés una agua que era el precio de su sangre y el peligro de su vida; todo es fácil para las pasiones de los grandes. ¡Ah! si la culpa, aun entre contradicciones y trabajos, siempre agrada conseguida, ¿qué encantos no tendrá cuando son fáciles todos los caminos para lograrla y cuando le cuesta dificultad al corazon el privarse de ella?

Finalmente, quiero tambien omitir que una virtud comun, y aun algunas veces sola la pereza, bastan para apartarnos de buscar las ocasiones del desorden, pero que ni aun la virtud de los santos basta para defendernos contra las ocasiones cuando ellas nos buscan. Los grandes y fel-

ces de la tierra se hallan entre estas ocasiones á cada paso. su vista encuentra escollos en todas partes, todos los objetos procuran agradarlos, todos se dirigen á corromper su corazon, todos se precian de haberlo conseguido; la culpa se presenta á su vista acompañada de todos los atractivos mas propios para hacerse amable, de todos los artificios que ha podido inventar la corrupcion, ó para precaver los disgustos, ó para divertir la inconstancia, ó para justificar la pasion; los consejeros de la iniquidad, los ministros del apetito, de los que siempre está cercada la prosperidad, procuran agradar á su Señor lisonjeando sus pasiones; se hacen sus impíos apologistas, disfrazan su horror, ocultan su vergüenza y su vileza y avivan el deseo. Apenas se dejó ver Sara en los reinos de Faraon y de Abimelech, cuando los cortesanos, conociendo la vergonzosa fragilidad de sus príncipes, empiezan á ponderarlos su hermosura, inflaman su pasion y los inspiran injustos deseos. En un estado tan peligroso, ¡oh Dios mio! caerian aun los justos; ¿pues cómo será posible que se defienda un alma corrompida ya con la prosperidad?

Finalmente, de la soberbia, que es la última impresion que hace en nuestros corazones la prosperidad, nacen los deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas y todas las pasiones que ella favorece: *La soberbia de los que os aborrecen, ¡oh Dios mio!* dice el profeta, *siempre va creciendo*.¹ las riquezas, los empleos, el nacimiento, son una especie de ley que nos manda ser ambiciosos; nos avergonzariamos de lo distinguido de nuestro nacimiento si no pensáramos en ser mas; el saber contenerse dentro de los límites de su propio estado y tenerse por

¹ Psalm. 73. v. 13.

feliz en él, es una filosofía que deshonra y á la que trata el mundo de pusilanimidad ó de singularidad ridícula. Luego que veais que la ambicion se ha apoderado de un corazon hasta cierto punto, no hay cosa, por injusta é indigna que sea, que no debais esperar de él; arruinará á sus competidores, se levantará sobre las ruinas de la religion y de la conciencia, será traidor, disimulado, pérfido y todo, menos cristianos. Se alegrará de las desgracias de su prójimo cuando éstas sirvan á sus adelantamientos, le pesará de su elevacion cuando le sirva de estorbo, aborrecerá todo lo que se oponga á sus pretensiones, se conformará con las pasiones de aquellos á quienes tiene interés en agradar, desacreditará hasta la virtud y el mérito que le sirva de obstáculo. Sacrificará el interés público á sus intereses particulares, y de su fortuna hará su religion y su Dios. Estos son los primeros peligros de la prosperidad; inspira las pasiones al mismo tiempo que corrompe el corazon, y las favorece cuando ya le ha corrompido.

¿Pero qué fruto debemos sacar de estas importantes verdades? ¿Deberemos acaso renunciar los bienes y los títulos que hemos heredado de nuestros mayores, y salir del estado en que nos colocó la Providencia? No, católicos; pero primeramente, nos debemos decir á nosotros mismos, que aunque poseamos todo lo que puede servir de felicidad á los sentidos, no por eso nos es lícito el satisfacerlos; que el grado de nuestra inocencia, y no el de nuestra fortuna, es el que ha decidir del derecho que tenemos aun á los mas lícitos placeres; que el pecador, por mas elevado que se halle, no tiene mas patrimonio que las lágrimas y las mortificaciones; que sus delitos le han hecho inútiles casi todas las comodidades de su abundancia, y que su eleva-

cion, en vez de mitigarle su penitencia, le sirve de nueva dificultad para ella.

En segundo lugar, debemos conocer que todo lo que nos ensalza á la vista de los hombres nada añade á lo que en realidad somos en la presencia de Dios, que á su vista no tendremos mas títulos que nuestras virtudes, y que quedando sepultado con nosotros en el sepulcro todo el fausto y todas las dignidades que nos rodean, quedaremos aturridos al vernos solos en su terrible tribunal.

Finalmente, debemos mirar los reinos del mundo y toda su gloria como un espectáculo que solamente nos presenta el tentador desde lejos: *Ostendit ei omnia Regna mundi, et gloriam eorum.*¹ Este es un aspecto falso. Solamente con esta distancia puede engañar á los sentidos y á la razon este vano conjunto de gloria y de grandeza; pero apenas le tocáis cuando cesa el encanto, muda de cara el objeto y nada halláis en él de cuanto os habia prometido el error de la imaginacion. Entre todas las fortunas y grandezas que nos figuramos en la tierra, solamente el deseo y la esperanza son los que nos lisonjean y embriagan. El esperar es cosa muy agradable y el único deleite que el hombre puede prometerse en este mundo. Cuando se han cumplido ya todos vuestros deseos y no teneis mas á que aspirar, quedáis infelices ó vienen á divertirlos ó engañaros otros nuevos deseos y esperanza; es preciso que nos sostenga el error de lo futuro, porque en nada estimamos lo presente sea lo que fuere. Por eso el tentador siempre nos deja algo que desear: *Hæc omnia tibi dabo.* Y este es todo su artificio; siempre nos muestra desde lejos los objetos que irritan nuestras pasiones, sabe muy bien que el único secreto para engañar á los hombres, no es el contentar sus deseos,

¹ Matth. 5 v. 8.

sino el inspirárselos, y por eso, católicos, debiérais vosotros estar mas desengañados del mundo que los que nacen en una mediana fortuna. Cuanto menos felices sois en vuestra elevacion, mas debeis conocer el vacío de todo lo que inquieta y mueve á otros hombres. Como vosotros gozais de todo lo que los demás hombres desean, le quedan menos arbitrios al tentador para engañaros, y debiérais tener por privilegio de la grandeza y de la prosperidad el que éstas os dan á conocer que el mundo entero es nada para el hombre, que toda la gloria de la tierra, aunque pueda embriagar el corazon por un instante, nunca puede llenarle; que nosotros hemos nacido para el cielo, que los verdaderos placeres del hombre en la tierra consisten en la inocencia y no en la elevacion; que si nos compadecemos interiormente del error de aquellos que siendo de nacimiento inferior al nuestro nos tienen por felices, debemos tambien llorar nuestra propia ceguera en creer que podemos hallar una felicidad mas sólida en una clase superior á la nuestra. De este modo se engañan todos los hombres, porque no conocen los disgustos del estado en que se hallan, y para desengañarlos bastaria el que se manifestasen el corazon unos á otros.

Por eso, ¡oh Dios mio! habeis querido que los peligros de cada estado puedan servir de medios de salvacion al alma fiel en cualquiera de ellos que se halle, y para que ningun hombre pueda tener excusa, habeis permitido que vuestros siervos se santifiquen en medio de los mismos escollos en que han visto perecer tantas almas mundanas. Estas son las ideas de la fe en orden á las prosperidades temporales. Ya habeis visto cómo ésta sirven de ocasion al pecado; ahora es preciso manifestaros cómo tambien son obstáculos para la penitencia.

SEGUNDA PARTE.

Un estado en que las gracias especiales son mas raras, en que la concupiscencia pone en el corazon mil obstáculos á las santas inspiraciones, en que aun las dificultades exteriores para la salvacion son de tal naturaleza que regularmente no se pueden vencer sino con iguales auxilios de la gracia, un estado como este es sin duda un grande obstáculo para la penitencia. Pues estas son las tres razones en que fundo mi segunda proposición acerca del peligro de las prosperidades temporales. Estadme atentos.

Dije primeramente que las prosperidades temporales sirven de grande obstáculo á la conversion, porque en este estado son mas raras las gracias especiales. Registrad las Escrituras Santas, y hallareis repetida en ellas muchas veces esta terrible verdad. En todas partes se lee que el Señor solamente gusta de conversar con los pequeños y sencillos, que mira desde lejos á los que su nacimiento ó su soberbia ensalza sobre los demás. En todas partes se ve quebrado el arco de los poderosos y revestidos de fortaleza los flacos; en todas partes se lee que deja secar la yerba que crece sobre los techos, y que no por estar mas elevada es mas favorecida de los rocíos de la gracia, cuando al mismo tiempo adorna de hermosura á las azucenas que nacen en los mas profundos valles y entre las espinas; que rompe los cedros del Líbano, que parecen estar mas seguros, al mismo tiempo que el árbol plantado á la orilla de las aguas lleva fruto á su tiempo. En todas partes se ve que no se cuentan muchos nobles y poderosos en Jesucristo, esto es, entre sus discípulos. Esta verdad de que hablo se halla es-

tablecida en las figuras y máximas de los libros santos, no porque en Dios haya acepcion de personas, como ya he dicho; la gracia de Jesucristo abraza todos los estados, el Señor nunca falta á sus criaturas, y sin contar los augustos ejemplos que tenemos presentes, un David, un Ezequías, una Estér, una Judith y un San Luis prueban que en el estado de elevacion podemos ser aun mas ricos en dones de la gracia que en bienes de la fortuna.

Pero primeramente, el orden de la Providencia parece pide que haya una especie de compensacion en esta desigualdad de fortunas y de condiciones que se halla entre los hombres, y que en la confusion que hay en la tierra, en donde casi siempre se halla ensalzado el pecador, al mismo tiempo que el justo gime oprimido en la oscuridad y abatimiento, pueda descubrir en ella la fe un orden secreto y un modo de igualdad que justifique en el espíritu del fiel la providencia de Dios y la sabiduría de sus consejos en la dispensacion de las cosas humanas. El terrible secreto de esta divina compensacion consiste en que las riquezas de la gracia son como herencia y patrimonio del pobre y del afligido, al mismo tiempo que el hombre feliz goza de los favores de la tierra como recompensa y patrimonio propio suyo; quiero decir, que la inocencia, el pudor, la rectitud, la sencillez y el temor del Señor están reservados para las almas oscuras, así como los títulos, las dignidades y las grandezas humanas están entregadas á los poderosos y felices del mundo. Por eso todo se halla en el universo dispuesto con una economía digna del Autor de la naturaleza y de la gracia; por eso la abundancia de unos está destinada para suplir á la necesidad de otros: el rico debe hacer al pobre partícipe de sus bienes, y el pobre debe socorrer al